La tinta del animal que faltaba

Por Shyvirelle

En la sala de los nombres, el libro era tan grande que necesitaba dos personas para abrirse. Tenía páginas de piel vegetal, tapas de madera negra y una cerradura que no cerraba nada. Bajo cada nombre, Eda escribía tres rasgos observados. Solo entonces el animal quedaba amparado por el bosque: ningún cazador podía atraparlo dentro de los límites marcados en el mapa.

Había entradas para la liebre que dormía con los ojos abiertos, para el pez que subía los arroyos durante la lluvia y para un pájaro pequeño cuya llamada se parecía al chirrido de una rueda. La tinta que usaba Eda no admitía metáforas como prueba. Si escribía «valiente» o «hermoso», la palabra se deshacía en un charco azul. Debía contar lo que sus ojos habían visto.

Aquella primavera un pastor llamado Ordo llegó con una cuerda de campanillas rotas. Sus ovejas se negaban a cruzar el lindero norte. Todas las tardes algo caminaba entre los árboles y el ganado se arremolinaba contra las piedras, temblando.

—No es lobo —dijo—. Los lobos dejan huellas. A veces parece tener cuatro patas, otras dos, y ayer lo vi pasar como una sombra alargada. Si no está en su libro, alguien acabará persiguiéndolo con fuego.

Eda buscó en el índice. Había nombres antiguos, nombres repetidos y páginas tachadas cuando una observación resultaba falsa. No encontró nada que correspondiera a aquella criatura. La cerradura del libro vibró, como si una hoja quisiera abrirse por sí sola.

El consejo de guardabosques le dio tres días. Después enviaría batidores al límite del bosque para proteger los caminos del ganado. Eda tomó el tintero, una hoja de registro sin usar y fue con Ordo hasta el pastizal.

En el primer anochecer vio algo entre dos troncos. Era alto y gris, con una cabeza que parecía inclinada bajo el peso de unas astas. Ordo levantó el brazo.

—Ahí. Tiene cuernos.

Eda mojó la pluma. Escribió «dos astas largas». Antes de que terminara, la tinta se extendió en manchas negras. La criatura se dobló de una manera imposible, perdió la altura y se deslizó entre las raíces como un animal de escamas. En el suelo quedó el olor de la lluvia sobre las piedras calientes.

—Le ha cambiado la forma —susurró Ordo.

Eda tachó la frase. En el libro de viaje quedó una línea húmeda, pero las escamas ya no estaban allí. No sabía si las había visto realmente o si su deseo de clasificar había fabricado un nuevo disfraz.

Al día siguiente esperaron desde detrás de un muro bajo. Las ovejas pastaban lejos y el bosque estaba quieto. De pronto, una hilera de flores blancas se inclinó sin viento. Algo pasó entre ellas. Ordo afirmó que debía de ser ligero, porque los tallos no se quebraban.

—No escribas «ligero» —se apresuró a decir Eda—. Eso sería adivinar.

Anotó solo lo ocurrido: **pasó junto a las flores blancas sin romper sus tallos**. La tinta permaneció fija, seca y azul. Era el primer rasgo que el libro aceptaba.

Esperaron otra hora. El animal apareció cerca de una piedra cubierta de musgo. No pudieron contar sus patas. Eda alcanzó a ver una banda pálida que cruzaba aquello que, por un instante, parecía su frente. Cuando quiso acercarse, el animal giró y ya no tuvo cabeza reconocible. Eda dejó la pluma quieta. La banda podía haber sido un reflejo.

Al volver al pueblo, el consejo insistió en que describiera al intruso con suficiente precisión para levantar una cerca. Eda mostró una sola línea. Uno de los guardabosques dijo que podrían escribir «cuadrúpedo nocturno de dientes afilados», porque todos los animales peligrosos tenían algo parecido.

—No hemos visto dientes —respondió Eda.

—Entonces pon «probablemente».

—La tinta no distingue entre una suposición con cortesía y una sin ella.

Esa noche la página del libro se abrió sola. Del espacio donde faltaba el nombre salió una brisa que olía a tierra. Las otras entradas crujieron, inquietas. Eda comprendió que no bastaba con negar una descripción falsa: si dejaba la hoja vacía, la criatura continuaría sin amparo.

Ordo volvió antes del amanecer. No traía sus ovejas. Las había llevado a un corral distante para que el miedo de los animales no los empujara a perseguir lo que aún no conocían.

—He visto una cosa —dijo—. Se detiene cada vez que oye correr el arroyo. Siempre vuelve la parte que parece una oreja hacia el agua. No sé si escucha o si teme.

Eda no lo añadió. Necesitaba observarlo ella misma. Caminaron hasta las piedras del lindero y se sentaron a esperar. El amanecer fue dejando luz en las ramas. Ordo estuvo a punto de hablar cuando algo oscuro apareció sobre la orilla.

Primero vieron un cuerpo como el de una cabra demasiado grande. Luego, cuando Eda pensó en escribir «cabra», el lomo se alargó, las patas se estrecharon y el rostro desapareció bajo un conjunto de hojas que no estaban allí un momento antes. La escribana cerró el cuaderno. El animal no volvió a cambiar.

Pasó alrededor de las flores blancas. Se detuvo al oír el agua, aunque el arroyo estaba oculto detrás de las piedras. Eda esperó hasta ver el gesto repetido: cuando el rumor se apagó por un instante, la criatura siguió; cuando regresó, volvió a detenerse.

La banda pálida apareció de nuevo. No estaba en una frente: cruzaba el cuerpo a la altura de lo que en ese momento era un hombro. La misma línea seguía allí cuando se estiró y perdió toda semejanza con un animal conocido. Eda comprobó que no dependía de su forma cambiante.

Abrió el cuaderno y escribió tres cosas, sin adornos:

«Pasa junto a las flores blancas sin romper sus tallos».

«Se detiene cuando vuelve a sonar el agua».

«Lleva una banda pálida que permanece visible cuando cambia de forma».

La tinta conservó el color. Ordo sonrió, pero miró la casilla del nombre en blanco.

—¿Cómo vas a llamarlo?

—No me lo ha dicho.

—No puede hablar.

—Tampoco he visto que no pueda.

Fueron a la sala de los nombres. El consejo había dejado sobre la mesa un mapa para construir una valla de piedra desde el pastizal hasta la ribera. Eda desplegó su cuaderno y copió las tres observaciones en una página nueva del bestiario. Al llegar al nombre, sostuvo la pluma en el aire. Podía inventar uno, encerrar al animal en una palabra cómoda y acabar pronto. En vez de hacerlo, dejó la casilla abierta.

La cerradura del libro no se movió. Las hojas parecían contener la respiración. Eda se apartó. Entonces una fina línea azul surgió del margen, atravesó el dibujo del mapa y señaló una franja de tierra entre el arroyo y las colinas. No era una jaula ni una cerca. Era un corredor por el que el animal podía pasar sin llegar al rebaño.

Ordo recorrió con el dedo el nuevo sendero. Había terreno suficiente para mover las ovejas hacia el sur y dejar libres las flores de la ribera. El consejo renunció a enviar batidores. Nadie pudo asegurar que el extraño habitante del bosque fuera inofensivo; tampoco necesitaban fingirlo para evitar una cacería.

Días después, Eda fue sola al lindero. Vio que la criatura cruzaba por el corredor. Durante un instante tuvo la silueta de un ciervo, y luego una forma tan baja que apenas se distinguía entre los helechos. La banda pálida siguió brillando. Se detuvo junto al agua, rodeó las flores y desapareció.

En el bestiario, bajo los tres rasgos escritos, la página quedó abierta. El viento pasaba por ella sin arrancarla. Eda no volvió a intentar cerrarla. A veces, al llegar la tarde, encontraba en el margen una gota de tinta fresca, como si el libro también estuviera esperando algo que todavía no había visto.